

Zabea desea ardientemente verle, y envía sus esclavas favoritas al valle cercano al campo de dal, á coger rosas de que sacan perfumes y esencias las mugeres de Oriente. Al verlas Zal-zer desle su tienda, sale á pie como de caza, tira á un pájaro, y cae á los pies de las esclavas de Rudabea. Acérase como para cogerlo y entra en conversacion; les habla de su señora y del amor que la tiene, y les dá adornos de oro y piedras preciosas. Las esclavas refieren sus alabanzas á Rudabea, y, despues de algunas conferencias, por intermedio de ellas, consiente en una entrevista al pie de la torre. Zal-zer, en el colmo de sus deseos, mide la lentitud de este día, que le parece tan largo como un año, é invoca á la noche. «Cuando el brillante sol hubo desaparecido, y se cerró la puerta del palacio, y quitaron la llave, el príncipe se dirige hácia la torre. Rudabea aparece en el balcón á la claridad de la luna, alza su velo, y deslumbra á Zal-zer con el esplendor de su belleza. Las almenas del palacio estaban iluminadas por este joyel.»

El poeta dice: «En el talle, es un plátano; en el color, marfil. En su cabeza lleva una corona que Dios le ha dado; negros son sus ojos, y arco sus cejas; su nariz es una columna argentada y sutil; su boca es estrecha como el corazón de un hombre triste; los bucles de sus cabellos caen como anillos hasta sus pies; llenos están sus ojos de languidez y de brillo sus facciones; sus megillas son como flores y como musgo sus cabellos; el soplo de la vida no encuentra paso sino por entre sus labios.»

Arroja en fin Zal-zer su lazo á las almenas del palacio y escala el balcón. Desata ella sus largas trenzas de ébano, y se las tiende para ayudarle á subir; le recibe en una sala, dice la crónica, «adornada como la alegre primavera, guarnecida de retratos de héroes, y colgada de brocados de la China. Ella había hecho disponer vasos de oro con musgo mezclado de vino y ámbar. Por un lado había rosas purpúreas, narcisos y tulipanes; por otro, ramos de jazmines y flores de lis. Todas las copas eran de oro, adornadas de turquesas, y del palacio de esta hermosa como el sol,» subía un perfume hasta el cielo. Al recibir al héroe, «las megillas de Rudabea se enrojecieron como la flor del granado;» sentóse en un divan cubierto de un tapiz de oro, y el héroe al lado suyo. Las esclavas estaban de pie, á distancia respetuosa, en el fondo del salón.

«Oh jóven, hermosa como la luna, dice el héroe, mis bendiciones y las gracias del cielo caigan sobre tí; ¡cuántas veces, durante la noche, puestos los ojos en la estrella del Norte, he rogado á Dios, dueño del mundo, que me deje ver tu rostro! Bien sé que cuando el rey Minu Ther tenga conocimiento de esta aventura arderá de cólera contra mí; pero tengo mi vida y mi cuerpo por cosas viles, y primero vestiré sin pena el sudario de los muertos que faltar á mi fé para contigo. El

»Dios criador oirá mis palabras, y tú serás mi esposa á la faz del mundo.»

Rudabea juró que ninguno sería su señor sino Zal-zer el héroe; y cuando el lejano ruido del tambor salió de las tiendas, las pestañas de sus ojos se humedecieron de lágrimas, y dirigieron reconvenções al sol de esta manera: «Oh gloria del mundo, detente todavía un instante, no llegues tan pronto!» Esta es la plegaria y el sentimiento de Romeo y Julieta en el adios de la mañana, es la escena eterna del balcón.

La madre de Rudabea sorprende los presentes que envía Zal-zer á su prometida. Su padre se enfurece y la amenaza de muerte; pero Rudabea sin turbarse, responde con dulzura y firmeza que nunca tendrá otro esposo que Zal-zer, y temiendo el rey Mirhab la cólera de este gefe poderoso, se aplaca, y espera á que el tiempo decida.

El casamiento fué contrariado por mucho tiempo á causa del odio de Minu-Ther contra la raza de Zohak; pero la perseverancia de Zal-zer superó á todos los obstáculos, y condujo á su esposa triunfante á Nimruz su capital.

XI.

Despues de nueve meses de un embarazo que había puesto en peligro los días de Rudabea, sintió esta acercarse el momento del parto, pero con terrores que nada podía calmar. Consulta Zal-zer á los astrólogos y estos declaran que el hijo no podrá nacer sino por el acero. Desesperado con la idea del riesgo que corría su adorada esposa, se acuerda de Simurg, que ma la pluma que le había dado como un talisman para el día del peligro, é invoca su socorro. Responde Simurg á su llamamiento y, desciende sobre el palacio como un gran viento de tempestad; tranquiliza al rey; compone un brevagé que debe hacer insensible á Rudabea mientras que le abran el costado; machaca yerbas con musgo para curar su herida, y cuando salió de su estupor, contempla sorprendida á su hijo que era hermosísimo y de un tamaño prodigioso. Zal-zer, en el colmo de la dicha, le puso por nombre *Rustam* (que significa libramiento de un peligro); Zal dá gracias á Dios, y, gozoso por la belleza y fuerza de Rustam, mandó hacer una imágen del niño montado en un elefante blanco, y lo envió para llenar de regocij los ojos de su abuelo Sam, cuyo corazón rebosó de alegría. «He invocado en secreto, dice, día y noche, al criador del mundo para que mis ojos viesen un hijo de tu raza que se pareciese á mí; ahora me resta orar por su conservacion,» y dirigió su mirada hácia la bóveda azul del cielo.

«Cuando Rustam llegó á la altura de ocho

palmos, y se hizo semejante á un noble ciprés, se le hubiera tomado por una estrella que el mundo contempla con admiracion. Al ver su estatura, su inteligencia, su fiera presencia y su sabiduría, se hubiera dicho que era Sam el héroe.»

Púsose Sam en camino para ir á ver á su nieto. Luego que Zal supo que estaba cerca, dispuso una fiesta, y los relinchos de los caballos árabes, los gritos de los elefantes se oyeron á la distancia de cinco millas. Un elefante de guerra fué enjaezado con riquisimas telas, y encima de él colocaron un trono de oro sobre el cual se sentó el jóven Rustam. Llevaba en la cabeza una corona, un ceñidor en la cintura, y en la mano un arco y flechas, y así fué conducido á la presencia de su abuelo. «Cuando Sam vió su noble estatura, sus hombros y sus brazos de héroe, se sonrió mirando al leoncillo, y la alegría hizo latir su corazón.» Pasaron varios días en fiestas y regocijos; y conociendo, por último, Sam que se acercaba el término de su vida, resolvió volverse á su país; llamó á su nieto y le dijo: «Oh hijo mio, no te apartes jamás del justísimo Dios; prefere siempre la razon á las riquezas; lava tu mano de malas acciones, y busca cada día el camino de Dios; ten entendido que el mundo no queda para nadie. Si quieres que tu felicidad sea la misma en este mundo y en el otro, sigue el consejo que te doy, no lo abandones: no marches nunca en la tierra sino por el recto camino.» — «Con la boca llena de estas dulces palabras, y el corazón de ternura, se despidió de sus hijos, los cuales le acompañaron durante tres días.»

Bien pronto dió Rustam pruebas de su fuerza y de su valor. Una noche, cuando todavía era niño, se levantó un gran ruido en el palacio de Zal: el elefante blanco había roto sus ataduras, y andaba enfurecido. Nadie se atrevía á acercarse á él. Levántase Rustam sin vestirse, se apodera de la maza de armas de su padre, echa por tierra á los que quieren oponerse á su paso, corre derecho al elefante; arroja un grito como el rugido del leon, y, sin darle tiempo para ponerse en guardia ó atacar á su antagonista, le asesta un golpe tan violento en la cabeza, que le hace caer aturdido. Rustam, tranquilo y sin emocion, se vuelve á su morada. Al saber su padre lo sucedido corrió á él, le besó la cabeza y le dijo: «Oh hijo de un leon, tú has sacado la garra. Todavía eres un niño, y ya no tienes igual; ya puedes ceñir la espada y vengar la sangre de tu abuelo Neriman.»

«Escucha mis palabras: sobre el monte Sipend se alza un castillo cuya cabeza toca á las nubes: el águila en su vuelo no puede llegar á él; está lleno de oro y de objetos preciosos. Para llegar á él hay un camino solo, y la puerta es tan alta como el firmamento. Por espacio de un año tu abuelo Neriman puso sitio á esta fortaleza, guardada de una horda de poderosos y audaces salteadores que asolaban el país.

«El sitio hubiera podido durar mucho tiempo, porque los habitantes no hubieran carecido de una brizna de paja, aun cuando el camino hubiera estado interceptado por muchos años; pero los sitiados arrojaron una piedra sobre Neriman, y el lugar que ocupaba quedó vacío; el leon de la guerra había cesado de pelear. Desde este día el terror rodea á este castillo como una muralla; nadie se ha atrevido á atacarlo, pero tiempo es hoy de vengar la sangre de tu abuelo por un medio muy astuto. Aun no eres tú conocido como gefe; disfrazate de camellero; haz venir del desierto una caravana de camellos, cárgalos de sal: una carga de sal es preciosa en ese parage. Cuando vean impensadamente un convoy de sal, grandes y pequeños correrán á tu encuentro.»

Rustam escuchó á su padre; escogió hombres prudentes y valerosos, ocultó armas en las cargas de los camellos, y la maza de su padre en un saco de sal, y sonriéndose de la astucia, partió para el monte Sipend. Luego que el guardian de la puerta del monte Sipend divisó la larga caravana que se extendía lentamente al pie de la montaña, envió un mensajero rápido como la pantera, y preguntó lo que contenían las cargas. Rustam respondió: son sacas de sal. El señor del castillo se llenó de regocijo, é hizo abrir las puertas. Cuando hubo entrado en el bazar, todos los habitantes, hombres, mugeres y niños, rodearon la caravana para hacer cambios; y truecan por sal ropas, plata y oro.

«Pero luego que vino la sombría noche y que todos dormían en el castillo, Rustam y sus compañeros se despojan de sus vestidos de camelleros, y ostentando sus brillantes armaduras, se dirigen contra la fortaleza. El ruido de las armas despierta al gobernador, pero antes que tenga tiempo para defenderse, le hunde Rustam su espada indiana en el corazón. Nada resiste ya; en un instante todo es sangre y carnicería.»

«Dueño Rustam de aquel punto, se dirige al interior del castillo hácia un edificio construido de piedra dura y que tenía una puerta de hierro; fuerza la puerta con su pesada maza de cabeza de buey, y queda deslumbado á la entrada de una gran sala abovedada y llena de todos los tesoros del mundo conocido. Rustam dice para sí: «Preciso es que no haya quedado ni oro en las minas ni perlas en la mar; todo se halla aquí reunido.» Llamó á sus compañeros y cargó todos los camellos de tesoros, y despues, segun las órdenes de su padre, puso fuego al castillo, á fin de que no quedase mas que un monton de cenizas en la montaña que había sido madriguera de ladrones; despues se puso en camino para Nimruz.

«Todo el pueblo salió á su encuentro con las trompetas, los címbalos, los clarines y las campanillas indianas. Lleno Rustam de impaciencia, se dirigió adonde estaba su madre y quiso besar respetuosamente la tierra; pero

Rudabea le estrechó sobre su corazón y le besó el pecho y los brazos; en seguida se envió un mensajero con la buena nueva á su abuelo Sam, «el cual rejuveneció su corazón.»

XII.

En esta época de la vida de Rustam murió el rey de Persia. Los astrólogos mebeds le anunciaron el día mismo «en que la magestad del rey debía oscurecerse;» y le dijeron: «Ha llegado el tiempo en que debéis ir á otro mundo; esperamos que tendrás delante de Dios un lugar mejor. Piensa ahora en lo que has de hacer; porque no conviene que partas sin haber hecho los preparativos de viage, y que te desesepultar en la tierra.» Luego que el schah oyó estas palabras, hizo venir á su hijo y le dió consejos diciendo: «El trono de la realeza no es mas que viento é ilusión; no hay que fijar su corazón en él. Ciento veinte años han pasado sobre mí; mucho he trabajado y mucho he sufrido; he gustado muchas alegrías, y á menudo han sido satisfechos los deseos de mi corazón. He fundado muchas ciudades y construido muchas fortalezas, y estoy al presente en tal estado, que dirás que no he vivido, y el número de los años pasados se ha borrado de la memoria mía. Te dejo el trono tal como lo he recibido. Este trono ha visto muchos reyes: ten entendido que cuando hayas gozado de él, cesará de pertenecerte, y habrás de pasar á un mundo mejor; pero la huella que dejes tras de tí, durará largo tiempo; conviene que no sea otra cosa que bendiciones.—No quedará de tí otro recuerdo que los discursos de los hombres.»

Habiendo sobrevenido una guerra desastrosa entre los persas y los turanos, fueron los grandes en diputación al Zabulistan para suplicar á Zal-zer acudiese en su ayuda. Inflamado Rustam del deseo de combatir, pide á su padre armas y un caballo de guerra, y su padre le dice: «Aun no estás en la edad de los combates; estás en edad de gozar de las fiestas, de los sonidos de la música, de beber vino y de escuchar cantos heróicos. Todavía tienes en los labios la leche de tu madre: ¿cómo habia yo de enviarte contra Afrasiab el tirano, el rey belicoso del Turan? No estás en edad de pelear, de adquirir gloria, de luchar y de hacer volar el polvo de la tierra hasta la luna.» Y Rustam responde: «Padre mio, no estoy yo formado para el reposo y las copas de los festines: vergüenza seria dejar enervar en la mollicie estos brazos y estas manos poderosas. Cuando el combate encarnizado se presente, Dios me ayudará, y me favorecerá la victoria; tú verás como atravesaré por la refriega con mi caballo de color de fuego. Cogeré en mi

mano una maza, el fuego saltará de ella, y cuando brille mi lanza en el campo de batalla, enrojecerá el corazón de la piedra con la sangre que derrame. Pero necesito un caballo que yo solo pueda coger con lazo; necesito un caballo que pueda llevar á la vez mi pesada maza, mi elevada estatura y mi gloria.» Entusiasmado el rey con estas palabras, parecia derramar su alma sobre su hijo, y no cesaba de invocar para él las bendiciones de Dios.

Zal-zer hizo venir inmensas manadas de caballos montaraces de todos colores; pero cada caballo que Rustam atraía á sí, y sobre el cual plantaba la mano, se bajaba á sus esfuerzos y tocaba con el vientre en la tierra. En fin, una yegua torda pasó rápidamente con los dos ojos brillantes como dos puñales. Seguía un potro tan grande como ella, su grupa y su pecho eran anchos como los de su madre; llevaba la cola levantada, y sus cascos semejaban al acero, su cuerpo estaba salpicado de manchas de fuego sobre un fondo de oro; era un elefante en la fuerza, un camello en la estatura, y un león en el vigor. Luego que Rustam vió la yegua y su potro, hizo un nudo á su lazo real para separar el potro de la manada. Pero el yeguarizo viejo le dijo: «Oh hombre poderoso, no procures ese caballo; se habla mucho de él; le llamamos *Raksch*. Es brillante como el agua y vivo como la llama; pero lo mismo es ver su madre el lazo de un ginete, que acude como una leona para batirse y defender á su potro. Guárdate, oh hombre prudente, de dar vueltas alrededor de este dragon; porque, cuando esta yegua se arroja al ataque, despedaza el corazón del león y la piel del leopardo.» Al oír Rustam este discurso, preparó su lazo, y arrojándolo al potro tordillo le cogió por el cuello. La madre acudió como un elefante enfurecido, y quiso arrancarle la cabeza con sus dientes; pero rugió Rustam como un león salvaje, y la yegua, espantada de su voz, dió un salto y huyó de su presencia. Rustam afirmó sus pies en el suelo, estendió su poderosa mano de héroe y la puso con toda su fuerza sobre el lomo del caballo. *Raksch* no se movió; hubiérase dicho que no lo habia notado. Rustam exclamó: esta es mi cabalgadura; ahora es cuando puedo hacer grandes cosas. Saltó sobre *Raksch* rápido como el viento, y el potro de color de fuego se lanzó debajo de él como un caballo de batalla. «Era una corza que corria: tenía la boca tierna, abundante espuma, ardor, ancas redondas, sagacidad y dulce portante.» El corazón de Zal estaba alegre como la primavera; en el gozo que tuvo por su hijo, abrió las puertas de su tesoro y socorrió con largueza á los indigentes.

XIII.

Zal-zer reunió á los grandes, y les dijo: «Tenemos un ejército numeroso, pero carece-

mos de jefe desde la muerte del rey; necesitamos uno de la raza *Kaianida*, para que le obedezcan. Sé por los astrólogos que un jóven príncipe lleno de cortesía y de justicia, descendiente del gran Feridun, llamado *Kaikobad*, vive retirado en el monte *Alborz*. Enviaré á Rustam á buscarle; él nos lo conducirá, y colocaremos sobre su frente la corona de turquesa.» Dió luego instruccion á Rustam, el cual se prosternó delante de su padre hasta tocar el suelo con el rostro, saltó alegre sobre *Raksch*, y se dió prisa á emprender el viage peligroso, atravesando las provincias invadidas por los turanos. Despues de muchos combates de que salió victorioso, se acercó al monte *Alborz*, y divisó un magnífico palacio rodeado de árboles hermosos y de lindos manantiales. Un elevado sitial estaba colocado cerca de una fuente; un jóven brillante estaba sentado sobre este trono á la sombra de un plátano. «Semejaba aquel lugar á un paraíso lleno de perfumes y bellezas.» El jóven estaba rodeado de una reunion de grandes cual si fuese un rey, y cuando desde lejos divisaron á Rustam, salieron á su encuentro para ofrecerle hospitalidad; pero Rustam les respondió: «Oh héroes ilustres que lleváis tan alta la cabeza, no conviene que me detenga á vuestro lado, porque estoy encargado de un negocio importante, y tengo delante de mí largos y penosos trabajos. La frontera está llena de enemigos, cada familia está de luto, el trono de Persia se halla privado de su rey; no me es permitido beber vino hasta que no haya verificado mi comision.» Los gefes le respondieron: «Dinos lo que vienes á buscar al monte *Alborz*: nosotros te escoltaremos, y en todo este tiempo se aumentará nuestra amistad.» Rustam les explicó que buscaba á *Kaikobad*, príncipe de la raza de *Feridun*. Ellos le prometieron sonriendo darle noticias suyas. Entonces corrieron como el viento hasta la orilla del agua, y se sentaron todos á la sombra de grandes plátanos.

El jóven que estaba sentado en el trono tomó la mano de Rustam, llenó una copa y bebió en honor de su huésped. Entonces Rustam explicó su comision; el jóven se sonrió y le dijo: «Oh *Peiewan*, yo soy *Kaikobad*, y sé el nombre de mis abuelos. He tenido un sueño: dos halcones blancos han venido hácia mí conduciendo en sus garras una corona brillante como el sol; se han acercado balanceándose en el aire, y han colocado esta corona en mi cabeza; al presente es Rustam para mí el halcón blanco, y he recibido el mensaje tocante á la corona de Persia.»

Rustam le respondió: «Levántate y vamos á unirnos á los valientes que te aguardan.» Montan todos en sus caballos de batalla con toda su escolta, y no se cansan de caminar día y noche. En el camino encuentran á los turanos que el rey *Afrasiab* (1) enviaba para inter-

ceptarles el paso. *Kaikobad* quiere arrojarle á la pelea, pero Rustam le detiene, diciendo: «Semejante combate no es digno de tí; mi corazón, mi caballo y mi maza son bastantes amigos para mí, y no deseo mas custodia que á Dios.» Dijo, y haciendo dar saltos á *Raksch*, reparte reveses á un lado y otro «como los da un valiente,» y echa por tierra á todos los guerreros que se ponen en presencia suya. Entonces el jefe del ejército enemigo, viendo caer á sus guerreros, sale de las filas y se presenta para pelear; pero Rustam le arranca las armas de las manos, le levanta de la silla, y le pasa con su propia lanza, como un pájaro atravesado por la flecha de un cazador.

Quando el ejército ve á su caudillo tirado en tierra como una cosa vil, se pone en huida, y los gefes continúan su camino y llegan cerca de Zal-zer, quien los recibe con honores soberanos, y coloca la corona de turquesas sobre la cabeza de *Kaikobad*. Por espacio de ocho dias hubo grandes regocijos y suntuosos banquetes.

XIV.

Investido ya del supremo poder, el rey *Kaikobad* se da prisa á hacer los preparativos para la batalla contra las tropas de *Afrasiab*. Pasa revista á su ejército; Rustam se viste su armadura de guerra, y «hace levantar el polvo bajo los pies de su caballo, como un elefante enfurecido.» Se adelanta al ejército y los grandes le siguen; tras ellos van *Kaikobad* y Zal-zer: el uno «era el fuego y el otro la razon.» El estandarte de *Kiaweh* el herrero, llevado delante de ellos, arroja brillantes reflejos amarillos, rojos y violados. La tierra estaba agitada como un bagel empujado por las olas; los escudos cubrian á los escudos en el monte y la llanura como relumbrantes escamas, y las espadas brillaban como antorchas. «El terreno era como un mar sobre el cual hubiesen encendido lámparas á millares.» Cuando los dos ejércitos estuvieron juntos, no se veia de ellos el principio ni el fin.

Rustam, ardiendo en deseos de combatir, dice á su padre que le señale el estandarte del rey *Afrasiab*, pues á este es á quien quiere atacar. Sobresaltado Zal-zer del peligro de su hijo, quiere disuadirlo de su intento, y le dice: *Afrasiab* es como un dragon en la fuerza, y su cólera como una nube que arroja desventura; su «bandera es negra, negra su cota de mallas, sus brazales son de hierro, y su casco es de hierro incrustado de oro y adornado de un negro penacho.» Rustam responde: «No te inquietes por mi suerte, pues Dios está conmigo;» salta

del Turan, y pasaba de padres á hijos, como el de *Faraon* para los reyes de Egipto.

(1) *Afrasiab* era el nombre dinástico de los reyes

sobre su caballo de cascos resonantes, y arroja un grito de guerra. Afrasiab se asombra de su estremada juventud, y pregunta su nombre; le dicen que es un hijo del héroe Zal-zer que viene para adquirir gloria. Afrasiab se arroja á él como á una presa fácil de coger; pero Rustam, pronto como el relámpago, cuelga del arzon su pesada maza, aprieta á su caballo, coge á Afrasiab por la cintura, y lo levanta de la silla: el cuero del cinturón no resiste á su peso, se rompe, y cae Afrasiab en la arena. Sus caballeros le rodean y le montan en un corcel ligero, y se salva, dejando á su ejército sin caudillo.

Entonces el ejército del rey de Persia se agita como la mar en la tormenta, y dispersa á los turanios. Vuelve Afrasiab al lado de su padre, confundido por su pronta derrota, y le aconseja procure la paz, porque no hay nada que resista á Rustam. «Tú sabes dice, que tengo brazo y corazón, fuerza y osadía; pero en su mano no peso tanto como una mosca. El alfoja las riendas de su caballo, y traspasa los torrentes y los precipicios. ¿Qué es en su presencia un río ó una montaña? Tú sabes que ambiciono el poder y la posesión del mundo, pero delante de él mi fuerza se desvanece. Busca los consejos de la sabiduría y haz la paz.» El rey, con los ojos llenos de lágrimas, quedó asombrado de las palabras de Afrasiab; sin embargo, eligió un hombre prudente para enviarlo á Kaikobad, é hizo escribir una carta adornada de dibujos de oro y colores en las márgenes. Kaikobad, clemente y justo, escucha las proposiciones de paz, á pesar del ardor de sus guerreros que quieren aprovecharse de sus ventajas para exterminar á los enemigos. Kaikobad les dijo: «Si el elefante combate á la mosca, falta á la justicia; la cólera de Dios me atraería la desgracia: estemos siempre bajo la protección del dueño del mundo.»

XV.

Terminada de este modo la guerra por el valor de Rustam, el rey, de vuelta á su capital, preparó regalos para Zal-zer y su hijo; colocáronse sobre cinco elefantes literas bordadas de oro y turquesas, y sobre las literas muchas armas incrustadas de oro, y muchos brocados. Escribióles diciendo: «Hubiera querido haceros un presente mayor; pero si mi vida es larga, nada tendréis que desear en el mundo.»

Habiendo devuelto la paz á sus estados, el rey Kaikobad viajó por sus vastas posesiones durante diez años, haciendo en todas partes justicia y misericordia. Decía con frecuencia: «Si alguno es demasiado pobre para disfrutar de la vida, mi trono es su bien, y el bien de todos aquellos que están bajo mi protección.»

En fin, cuando sintió que se le acercaba la muerte, llamó á su hijo Kaus, que debía sucederle, y le habló mucho sobre la justicia y la liberalidad: «Los que se apegan á la vida no tienen sentidos; en cuanto á mí, salgo tal como era cuando llegué del monte Alborz para tomar posesión del trono. Si eres un hombre justo y de intenciones puras, tendrás tu recompensa en el otro mundo; pero si las pasiones te envuelven en sus redes, y si sacas injustamente la espada de la vaina, tu morada será como una llama, y tendrás lleno de amargura el corazón.» — «Dijo, y trocó su palacio por un ataúd.»

XVI.

Cuando Kaus sucedió á su padre, y vió tanta clase de tesoros acumulados, y al mundo entero tributario y sujeto á su poder, «el orgullo le hizo abandonar las vías de la justicia.» Ya no pensó mas que en beber y en gozar, y no marchó por las huellas de su padre. Como espíritu débil y lleno de vanidad, se empeñó en las guerras mas injustas y desastrosas; no se aconsejaba de Zal-zer ni de Rustam, y todas las proezas de estos grandes guerreros no servían mas que para reparar las faltas de Kaus y sacarle de la cautividad en que le habian arrojado sus locuras. Pasaba el tiempo en beber y en festejar con músicos y danzantes; gastado por los placeres, procuraba otros nuevos sin cesar. Sucedió que un día que bebía vino en un bosquecillo de jazmines, le anunciaron un cantor extranjero que pedía hacerse oír. El rey le admitió al momento, pues todo lo que era nuevo le agradaba. Pero este músico era un espía enviado por un rey rival del Mazenderan para sondear la debilidad y la vanidad de Kaus. Era hábil en su arte, cantó con sumo gusto una canción sobre las bellezas del Mazenderan.

«Celebrado sea el Mazenderan mi país. No deja la rosa de florecer en sus jardines, el jacinto y el tulipán cubren sus montañas; suave es el aire allí, y la tierra está pintada de flores. Allí no hace ni frío ni calor, y reina una perpétua primavera.»

«El ruiseñor canta en sus jardines, la cierva recorre sus llanuras; todo está lleno de colores y perfumes; las márgenes de los arroyos sonríen allí todo el año; y se diría que sus ríos llevan agua de rosas.»

«Tanto en invierno como en verano, en primavera como en otoño, la tierra está siempre cubierta de frutos y de flores, y por todas partes están empleados los halcones de caza.»

«Todo el país está adornado de oro, de brocado y de joyeles. Esclavas bellas como ídolos llevan coronas de oro. El que no habite en este país no puede alegrarse de haber cumplido el deseo de su alma.»

El espíritu de Kaus se oscureció al escuchar estas palabras: hasta entonces se había creído el mayor de los monarcas de la tierra. El fastidio y la envidia se apoderaron de su alma, y resolvió conquistar este maravilloso país del Mazenderan.

Cuando los gefes del país conocieron el desseo insensato del rey, que iba á precipitarlos en una guerra injusta, enviaron un mensajero sobre un dromedario de viage á Zal-zer y á Rustam. Ellos solos podían tener bastante imperio sobre Kaus para apartarlo de su fatal proyecto. Pero obstinado tanto como vano, no escuchó sus sábios consejos, y se alejaron de su presencia con el corazón despedazado de dolor, previendo todas las desgracias que debían sobrevenir.

XVII.

El Mazenderan estaba en el centro del país de los gigantes. Su gefe, llamado el divo blanco, habitaba las montañas, y bajaba á los llanos cuando el rey reclamaba su auxilio. Su gigantesca estatura y su fuerza prodigiosa inspiraban terror á sus enemigos y una ciega confianza á los soldados del Mazenderan. Kaus sufre una derrota completa; es hecho prisionero con sus principales gefes, y arrojado en un calabozo. El gigante los castigó con la ceguera, y dijo al rey del Mazenderan: «No he querido matar al rey Kaus, para que le haga prudente la adversidad, y que su ejemplo sirva de escarmiento en adelante á cualquier soberano que quiera atacar al Mazenderan.»

Kaus encuentra medio de enviar un mensajero, «pronto como el pájaro que vuela con toda la celeridad posible» á Zal-zer, gefe respetado de los persas, para darle parte de sus desgracias, y acusarse de haberlas merecido despreciando sus consejos. El prudente Zal no comunica á nadie la noticia del desastre del ejército y el cautiverio del rey, á fin de no escitar sublevaciones en las provincias tributarias; porque sabía cuanto habia sufrido con esta guerra temeraria la autoridad de Kaus, y tambien para no poner en guardia al enemigo. Concierta solamente con Rustam el medio de ir secretamente al Mazenderan á libertar al rey. Este viage peligroso y las aventuras maravillosas de su caballo forman una parte muy popular de las hazañas del héroe, algo análogo todo ello á los trabajos de Hércules entre los griegos. Tal es la leyenda que vamos á narrar.

SEGUNDA PARTE.

I.

Rustam parte solo para libertar al rey Kaus, prisionero en el Mazenderan; viaja de día y de noche, tomando el camino mas peligroso, el menos frecuentado, pero el mas corto. Llega á una pradera en donde pastaban dos asnos silvestres: mata uno de ellos, y lo asa en una hoguera, porque tenia hambre. Quita la brida á Raksch, y se acomoda para dormir al lado de un cañaveral. En medio de la noche, un león del desierto divisa un hombre acostado y un caballo que vagaba libremente; lánzase desde luego sobre el caballo, pero éste, pronto como el rayo, se alza, pega con las manos en la cabeza del león, y con sus agudos dientes le coge por la nuca. Despues de un terrible combate, mata Raksch al león. Rustam, que habia despertado al ruido, acaricia á su caballo y le dice: «Oh imprudente animal, si hubieses tú caído en sus garras, ¿cómo hubiera yo desempañado mi comisión?» Y despues dirigió sus plegarias á Dios que dispensa las gracias todas.

Presentábase delante de Rustam un camino bastante trabajoso; era un desierto sin agua, y de un calor tan ardiente, que las aves caían muertas en la arena abrasadora: hubiérase dicho que el fuego acababa de pasar por él. El caballo y el caballero iban jadeando. Rustam se apea, permanece como mareado; y no encontrando medio alguno de resistir al calor y á la sed, cayó en tierra, alzó los ojos al cielo, y dijo: «Oh Dios, si te agradan mis sufrimientos, llena de ellos está para mí la medida en este mundo; pero todavía arrostró mi existencia, y espero que te servirás de mi brazo para prestar auxilio al rey Kaus.»

En este momento acertó á pasar por allí un carnero, y al verle, dijo en su corazón: «¿En dónde está, pues, ese sitio que calmará mi sed? Ciertamente es Dios quien me protege.» Y siguiendo al carnero con la vista, descubrió un manantial de agua pura y cristalina. «Cuando una situación es angustiosa, dice el poeta, no hay que buscar refugio sino en Dios, porque el que se aparta de Dios, que es el único dispensador de las misericordias, está desprovisto de razón.» Despues de la acción de gracias, quitó la silla á Raksch, le lavó, le puso brillante como el sol, bañóse en seguida y despues se acostó.

Interin dormía, se acercó un tigre del desierto; Raksch corre hácia el héroe, golpea la tierra con sus cascos y sacude la cola. Despiértase Rustam, mira en derredor suyo; pero el ti-